

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

# EL CUENTO GEOMÉTRICO

Norbert-Bertrand Barbe



Digitalizado por Katharsis  
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)  
Rosario R. Fernández  
[rose@revistakatharsis.org](mailto:rose@revistakatharsis.org)

"[...] Le romancier est fait d'un observateur et d'un expérimentateur. L'observateur chez lui donne les faits tels qu'il les a observés, pose le point de départ, établit le terrain solide sur lequel vont marcher les personnages et se développer les phénomènes. Puis, l'expérimentateur paraît et institue l'expérience, je veux dire fait mouvoir les personnages dans une histoire particulière, pour y montrer que la succession des faits y sera telle que l'exige le déterminisme des phénomènes mis à l'étude. C'est presque toujours ici une expérience « pour voir », comme l'appelle Claude Bernard. Le romancier part à la recherche d'une vérité. Je prendrai comme exemple la figure du baron Hulot, dans la *Cousine Bette*, de Balzac. Le fait général observé par Balzac est le ravage que le tempérament amoureux d'un homme amène chez lui, dans sa famille et dans la société. Dès qu'il a eu choisi son sujet, il est parti des faits observés, puis il a institué son expérience en soumettant Hulot à une série d'épreuves, en le faisant passer par certains milieux, pour montrer le fonctionnement du mécanisme de sa passion. Il est donc évident qu'il n'y a pas seulement là observation, mais qu'il y a aussi expérimentation, puisque Balzac ne s'en tient pas strictement en photographe aux faits recueillis par lui, puisqu'il intervient d'une façon directe pour placer son personnage dans des conditions dont il reste le maître. Le problème est de savoir ce que telle passion, agissant dans tel milieu et dans telles circonstances, produira au point de vue de l'individu et de la société ; et un roman expérimental, la *Cousine Bette* par exemple, est simplement le procès-verbal de l'expérience, que le romancier répète sous les yeux du public. En somme, toute l'opération consiste à prendre les faits dans la nature, puis à étudier le mécanisme des faits, en agissant sur eux par les modifications des circonstances et des milieux, sans jamais s'écarter des lois de la nature. Au bout, il y a la connaissance de l'homme, la connaissance scientifique, dans son action individuelle et sociale."  
(Emile Zola, *Le roman expérimental*, 1880, cap. I)

"Nadie podría imaginar algo tan extraño y maravilloso como lo que le sucedió a mi pobre amigo, el joven estudiante Nataniel, y que voy a referirte, lector. ¿Acaso no has sentido alguna vez tu interior lleno de extraños pensamientos? ¿Quién no ha sentido latir su sangre en las venas y un rojo ardiente en las mejillas? Las miradas parecen buscar entonces imágenes fantásticas e invisibles en el espacio y las palabras se exhalan entrecortadas. En vano los amigos te rodean y te preguntan qué te sucede. Y tú querías pintar con sus brillantes colores, sus sombras y sus luces destellantes, las vaporosas figuras que percibes, y te esfuerzas inútilmente en encontrar palabras para expresar tu pensamiento. Querías reproducir con una sola palabra todo cuanto estas apariciones tienen de maravilloso, de magnífico, de sombrío horror y de alegría inaudita, para sacudir a los amigos como con una descarga eléctrica, pero toda palabra, cada frase, te parece descolorida, glacial, sin vida. Buscas y rebuscas, y balbuceas y murmuras, y las tímidas preguntas de tus amigos vienen a golpear, como el soplo del viento, tu ardiente imaginación hasta acabar apagándola. Pero si tú, como un hábil pintor, trazas un rápido esbozo de tales imágenes interiores, del mismo modo puedes también animar con poco esfuerzo los colores y hacerlos cada vez más brillantes, y las diversas figuras fascinan a los amigos que te ven en medio del mundo que tu alma ha creado. Debo confesar que, a mí, querido lector, nadie me ha preguntado por la historia del joven Nataniel; pero tú sabes que yo pertenezco a esa clase de autores que cuando se encuentra en el estado de ánimo que acabo de describir se imagina que cuantos lo rodean, e incluso el mundo entero, le preguntan, «¿qué te pasa? ¡cuéntanos!» Así, una fuerza poderosa me obliga a hablarte del fatal destino de Nataniel. Su vida singular me impresionaba, y por esta razón me atormentaba la idea de comenzar su historia de una manera significativa, original. «Érase una vez...» bonito principio, para aburrir a todo el mundo. «En la pequeña ciudad de S..., vivía...» algo mejor, si se

*tiene en cuenta que prepara ya el desenlace. O bien entrar in medias res: «-¡Váyase al diablo! - exclamó colérico con los ojos llenos de furia y de espanto el estudiante Nataniel cuando el vendedor de barómetros Giuseppe Coppola... » Así había empezado ya a escribir cuando creí ver algo de burla en la enfurecida mirada de Nataniel, aunque la historia no es en absoluto divertida. No me vino a la mente ninguna frase que reflejara el estallido de colores de la imagen que brillaba en mi interior. Decidí entonces no empezar. Toma, querido lector, las tres cartas que mi amigo Lotario me invitó a compartir como el esbozo del cuadro que me esforzaré, en el curso de la narración, en animar cada vez con más colorido, lo mejor que pueda. Quizá consiga, como un buen retratista, dar a algún personaje un toque expresivo de manera que al verlo lo encuentres parecido al original, aun sin conocerlo, y te parecerá verlo en persona. Quizá crearás, lector, que no hay nada tan maravilloso y fantástico como la vida real, y que el poeta se limita a recoger un pálido brillo, como en un espejo sin pulir.»*

(E.T.A. Hoffmann, "El hombre de arena", *Cuentos nocturnos*, 1817)

Conste, primero tendría que enfocarme en el tema. La trama vendría después. Primero, lo que es el contexto.

El tema es lo que lo determinará todo. Las acciones, los personajes, la situación que determina sus acciones. Sus caracteres, su contexto espiritual, también social.

No hay manera de escapar de la definición general del contexto que representa el tema. Es la justificación de la obra, de él y sólo de él se desprende la trama. Hermosa palabra, que encuentra en ella la fuerza de expresar ese hilvanar-miento del relato. Construido desde una demostración primera, el tema permite abrirse a sí mismo, en el espejo de la trama. Es decir, el tema sería como un título, un argumento general, por ejemplo: "El Mercado de las Ilusiones".

De ahí vendría mi trama: asimilación entre vida de un personaje central y la vida de un mercado, preferiblemente del siglo XIX, para representar, pero con cierta distancia, la realidad contemporánea. El concepto de ilusiones me serviría para fomentar la representación a su vez de la vida de este personaje, desde su sed de acceso al poder, sus primeros años, su crianza, tal vez pobre, la introducción a temprana edad en el mundo descarado y descarnado de la bolsa, el comercio, y los legumbres y abarrotos pudriéndose en las plazas públicas abiertas a estos mercados temporarios, semanales.

Ahí me serviría la anatomía de Balzac y la simbología de las naturalezas muertas barrocas para subrayar mi mensaje moral, por una parte desde la fisiognomía, que ilustraría más que cualquier discurso a mis personajes en sus temperamentos psicológicos profundos, y por otra parte desde las *Vanidades*, la percepción simbólica que todos estos bienes que a un momento tendría que adquirir, aunque en pequeño, mi personaje, pues, la rueda de la Fortuna da sus vueltas, no serían sino efímeras. Que si ello corresponda a una realidad literal, no

importa, del momento que quepa dentro de la realidad literaria. Tendría que engordar mi personaje, obtener esposa, en un buen matrimonio de conveniencia, probablemente con la hija mayor, o mejor aún menor, de su empleador, así yo guardaría el estereotipo, legible, y sería para mí un recurso fundamental y cómodo para de repente hacer entrar a mi personaje en el mundo de sus deseos sin tener que justificar económicamente una ascensión poco plausible. Una vez casado, tendría la desventaja del aburrimiento, él joven de clase pobre, salvajito llegado de su naturaleza de campo al alborotado mundo de la villa - de ahí también el uso metafórico del contexto: el mercado de abarrotes, para representar la asimilación y hasta la absorción antropófaga del mundo circundante por la ciudad y la civilización -, reducido a los rituales de su nueva clase, a los chismes y caprichos de su relativamente joven esposa.

Fracasaría el matrimonio, porque todos los matrimonios tienen que fracasar, en particular los entre clase pobre y dominante, los cuales sólo se dan en las novelas realistas, con pretexto de los grados de burguesía, y los eslabones supuestos entre pequeña, mediana y alta. Claro, por ende, y asimismo, caería él, mi personaje, en la red de su naturaleza, en su conformación profunda, se rebajaría hacia las prostitutas ("*La femme, ainsi, était toujours la bête de luxure*"), lo que me permitiría preciosas descripciones del medio mundo, o del mundo que no lo es para nada, asegurándome alguna escena de sexo con perversiones (ojo: tendría que poner aquí alusiones a Zola y Toulouse-Lautrec, una Goulue tal vez, con algún toque delicado y soñador de un Degas), por dos razones, evidentemente: presentar justificadamente, pues estoy enseñando, gozos sin humillar en su posición a mi lector, con el fin de que se pueda deleitar sin culpa; distinguir, por si no fuera evidente, el mundo burgués de la casa patriarcal a la que accedió mi héroe por casamiento, y el otro mundo, él que nadie conoce pero del que todo el mundo habla, quebrantando un tabú conforme las formas habitual de quebrantarlo, desde Prévost y Cleland. Otro punto a mi favor, sería el uso posterior de estos episodios en mi novela, pues asumo que novela tendría que ser por la carga emocional, y de complejidades naturales (quiero decir filo y ontogenéticas) de la explicación psicológica y sociológica que haría en éstas de las realidades del mundo.

De su precedente abuso de relaciones extramatrimoniales, podría castigar a mi protagonista, de manera también a asegurarme un verismo tremendo, y la satisfacción que no exista mezcla perdurable entre clases sociales. Borraría mi Madame Bovary del complejo familiar en una escena grotesca y llamativa donde se descubriría su vergüenza, no dejándole más remedio que el exilio, no tanto por las normas sociales del siglo XIX, si éste sólo para mí sería un marco práctico de simbología entendible, sino para no chocar a mi público femenino y satisfacer a la moral general.

Caído en desgracia, no podría mi personaje sino volverse a su primera situación. Pero, si soy un autor inventivo, lograría volverlo a sacar de nuevo de su fango inicial, promoviendo la intromisión de un amigo de la misma clase alta

a la que una vez perteneció, buen mecenas y ejemplar amigo, guía y motor de su resurrección novelesca, abriéndome así nuevos espacios, ya no sólo de literatura compungida, sociologizante, sino también de ese *romanesque* tan querido del público y que le permite a los mejores protagonistas volverse objetos de películas.

Una vez encontrada mi trama, y delineada toda esa ya evocada complejidad de situaciones y acciones, que, claro, tendrían que tomar en cuenta el carácter de cada uno de mis personajes, hasta el más ínfimo en la secuencia narrativa, podría dedicarme a rellenarles de historia e existencia.

Mi héroe tendría que ser un joven huérfano, o con un padre borracho, y una madre muerta, ausente o golpeada. Se dedicaría en su infancia a sufrir los ataques de rabia de su padre, y, probablemente, a traerle de regreso a casa desde la taberna. Más grande ya, el elemento detonador de la partida sería un pleito con el padre, tal vez por la madre, en defensa de ella, que bien podría haberse reaparecida después de varios años provocando la ira paterna. Un golpe, una caída, el hijo cree haber matado a su padre. Esta fuerza primordial de naturaleza de mi personaje sería lo que le permitiría integrarse sin mayores dificultades al mundo laboral del mercado, duro y de acarreo permanente de cargas pesadas. Esta misma fuerza brutal de campesino o marinero sería la que atraería a la hija del patrón, en una visita casual en coche de caballos, sombrilla y falda de volantes. El coqueteo sería un buen *intermezzo* en mi narración, permitiendo introducir en ella momentos cómicos y de mayor connivencia con el lector. Ahí bien aparecería un viejo alcahuete, empleado secular del mercado o del mismo patrón, o bien otro mozalbete, un poco más activo, nervioso, y travieso que mi héroe, cuya medida en todas cosas permitiría a la vez oposición de caracteres, y establecimiento de su posición de "*justa medida*", y por ende "*ejemplum*", aristotélica en la narración. El amigo fiel podría seguir a mi héroe en sus aventuras a lo largo del relato. Un tiempo podría desaparecer, tal vez por miedo, se volvería el mal amigo perdonado, o bien porque se le creyera muerto por algún asunto, un regreso a su pueblo por información del entierro de un padre de crianza olvidado. En fin la separación tendría que darse en el momento de baja al infierno de mi héroe. Porque este momento tiene que vivirse solo. En su exilio del castillo no podría tener acompañante, ningún Virgilio. El reencuentro, después de la salida del pozo infernal, favorecería preciosos diálogos y declaraciones de amor fraterno eterno.

Superada la situación, podría darse que el reencuentro con el suegro se de cuando, al perecer el negocio familiar, el yerno traidor resurja con un pequeño negocio impulsado a fuerza de brazos, del cual sacaría lo suficiente para revivir al del padre de su antigua esposa.

El suegro tendría que ser un modelo de bigotes largos y blancos, hombre robusto pero buen pan de hombre, gruñón pero magnífico, antiguo bonapartista, seguramente, peleador con todos, en particular con sus empleados, de injusticia

pareja, que así mismo se justificaría, reproduciendo el modelo amo-esclavo de Hegel y Smith.

La joven, perla de los ojos de su padre, debería tener hermanas algo alocadas para que la aconsejen, y una vieja china vuelta camerista camorrista y camarista, para acentuar y delinear a lo más posible este diseño de familia feliz y unida, en un *hôtel particulier* de dos pisos, con pocos empleados, pero todos queridos. Esta fidelidad del esclavo al amo tendría que ser resaltado para oponerse a algunos personajes aprovechados y sinvergüenzas del anterior mundo de mi protagonista.

La joven tendría que ser de tez blanca, pelo oscuro, grandes ojos claros, en almendra, de largas pestañas y cejas bien dibujadas. Su cuerpo grácil se delinearía a través de sus vestidos. Asistiría siempre a misa. Ahí podría, en su proceso de aprendizaje, acompañarla alguna vez mi protagonista, por lo cual, después de su naufragio, podría en la soledad de su ático, campanario civil donde le tocaría vivir un tiempo, solo y abandonado del mundo, recordar estos momentos de intenso compartir y fe y paz en Dios.

Tales premisas me permitirían abrir el debate entre la fe y la ciencia, entre el tradición y el progreso. Como es arduo pero de intensa actualidad el problema, tendría que tomar partido, probablemente en pos del progreso pero con cierto afecto residual para la religión. Que no lo llamen indefinición, sería una propuesta alternativa en la que podría acuñar la razón mercantil como estructura estable, y justificar la ley de la misma por predeterminaciones morales más allá del entendimiento humano. Resolvería así, gracias a mi obra, la dicotomía entre el sistema y el individuo. "*Une société n'est forte que lorsqu'elle met la vérité sous la grande lumière du soleil.*"

Por tales representaciones, necesitaría, además de la armonía ya descrita del conjunto familiar de mi modelo, oponerle la descomposición por culpa de la miseria: teniendo ya al contra-modelo inicial de la pareja parental de mi héroe, sería preciso rematar con algunos bebedores emperdenidos, proxenetas féminas de pelos sucios debajo de la pañoleta y dientes amarillentos, de aliento fétido.

Me quedaría orientar la historia general hacia la cuestión del amor de mi héroe hacia su pareja, fenómeno principal, fundacional, de salvación y redención, para él como para nosotros.

De ahí que las tonalidades y los ambientes resaltarían los sentimientos y vivencias tanto de la pareja como de los seres que los rodearían.

Ambiente marino y de taberna, con lujo de detalles, olores a pipas mojadas y cebollas encurtidas, durante la niñez de mi héroe, con tonalidades marrones de tierra y adobe, vestidos de tela gruesa. Suciedad, ratones y cucarachas.

Olores a verduras podridas, colores abigarrados del mercado, alboroto de gritos, tal vez un teatro de títeres, alguna actriz adolescente que podría preformar el gusto de mi protagonista. Casas de techos altos, gentes mezclada, del burgués

en chaleco gris y sombrero alto bajando de su coche con sus niños vestidos de marineros azules con chinas de franela y encaje, hasta gente común con largas bufandas y narices rojas, ladrones niños y bebés sucios gritando por comida, vendedoras de flores, mayores y sentadas en los escalones de las casas, adolescentes del mercado de pantalones arremangados golpeándose contra la gente por estar corriendo sin rumbo, peleando por un peso o persiguiendo a un gato. Darle vida con mucho ruido y colores vivos.

La casa del patrón: alta, muchos muebles de madera fina, brillantes de cera, espesas cortinas tiradas, tonalidades frías y pastel. Vestidos lujosos de los empleados, más de las hijas del patrón, él vestido siempre con sobriedad, y hasta con severidad, en tonalidades grises, negras o azul oscuro. La casa deberá tener una entrada monumental con escalera doble, para permitir el acceso a los coches de caballos. La sala principal con chimenea, y los aposentos con enorme cama de baldaquín.

Las consideraciones morales serían para el final, aunque podría entremezclar algunas en el transcurso de la novela.

Siempre se debe introducir algunos elementos autobiográficos, para que funcione mejor la novela. "*On ne saurait aller trop loin dans la connaissance de l'homme.*" Trabajar la distancia entre el verismo y la realidad biográfica. Algunos elementos de referencia histórica a lugares, personajes y situaciones, para enmarcar en lo concreto de la sociedad reseñada la aventura ejemplar de mi héroe. Hacer palpable el sentido moral mediante el estudio analítico, antropológico de la descripción de los hechos implicados por la interacción de los seres individuales en el complejo entramado del tejido que nos es la sociedad.

Hablaría del nacimiento de mi héroe, para insertarla en un contexto vivencial fuerte, con gritos, lágrimas y sangre, mujeres en pijama y telas gruesas sudadas, acentuar el verismo del conjunto. También de su muerte, para completar la saga. Quienes fueron sus hijos, y quienes sus herederos. A quien dejaría su impetuoso caballo inglés o árabe, de cascos truenos relinchando.

**Edición digital Pdf para la Revista literaria Katharsis**

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

[rose@revistakatharsis.org](mailto:rose@revistakatharsis.org)

**Depósito Legal: MA-1071/06**

**Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2009**